

Alzamos por nuestro rey
Al infante don Fernando.

FERNANDO
¿Y el conde de Urgel?

FRAY VICENTE
Del trono
Lanzado y del reino fué;
Pero ya Aragón se ve
Libre de su fiero encono.

FERNANDO
¿Cómo?

FRAY VICENTE
Llegaba mi gente
A este alcázar, y un guerrero
Con ademán altanero
Penetrar no les consiente.
Insisten ellos, y él
Alzándose la visera:
«Yo soy,» les grita; ¡y él era!

TODOS
¡El era!
FRAY VICENTE
El conde de Urgel.
En vuestro poder está.

FERNANDO
En Aragón nos veremos.

FRAY VICENTE
Pues allá, señor, marchemos:
Un trono os espera allá.

(La reina, que ha bajado á su hijo del trono,
se acerca con él al infante.)

LA REINA
Permitid antes, hermano,
A esta madre, á este inocente
Que su gratitud ardiente
Sellen en tan noble mano.

(Quiere besársela: don Fernando se lo impide.)

FERNANDO
Esa gratitud, señora,
Probádmela de otro modo.

LA REINA
Mi vida... mi sangre... todo...
¿Qué queréis?



FERNANDO
Sabréislo ahora.

Grandes, acercaos á mí.
(Los grandes, que estaban retirados, se acercan
en ademán respetuoso.)

Lo que en recompensa quiero
Es que en la cruz de este acero
Me juréis, señora, aquí,
Que por vos no ha de saber
Nunca el rey este atentado:
Que no empiece su reinado
Empezando á aborrecer.
Si así lo hacéis, os prometo
Que este escrito no verá
En que vuestra firma está. —

(Presentándole el pergamino.)

Acaso celo indiscreto,
Más que deslealtad traidora,
Origen del yerro ha sido:
Dése ya todo al olvido. —
Ellos también desde ahora,
En fe de sentirlo así,
Juran eterna lealtad.
Señora, llegad; llegad,
Amigos. — ¿Lo juráis?

LA REINA Y LOS GRANDES, asiendo las
manos del infante.
Sí.

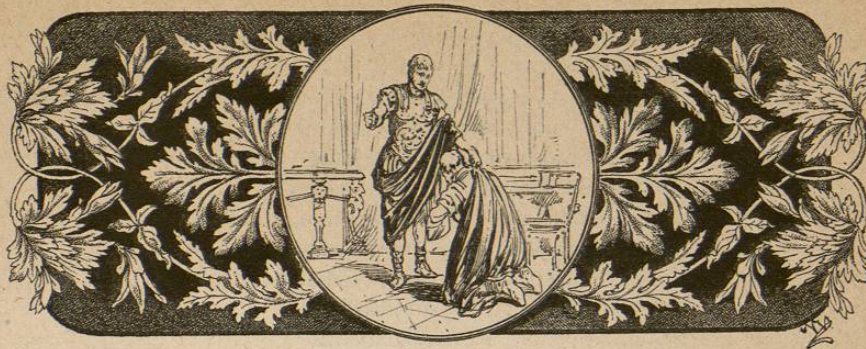
FERNANDO
De vuestros votos sinceros
Salgo fiador, castellanos:
Jurasteis como cristianos;
Cumplid como caballeros.
(Les presenta el niño: los grandes se arrodillan
ante él.)

EL CONDESTABLE
¡Castilla á don Juan se humilla!

FERNANDO
Contento parto á Aragón.

FRAY VICENTE, extendiendo las manos
sobre ambos.

¡Dios eche su bendición
Sobre Aragón y Castilla!



LA MUERTE DE CÉSAR

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS, EN VERSO

PERSONAS

CÉSAR. — BRUTO. — CASIO. — MARCO ANTONIO. — CICERÓN. — LÉPIDO. — DECIO BRUTO,
senador. — CASCA, senador. — TREBONIO, senador. — CIMBRO, senador. — CINA, senador. —
MARCELO, tribuno del pueblo. — FLAVIO, tribuno del pueblo. — QUINTO LIGARIO. — PU-
BLIO SIRO, poeta actor. — LABERIO, poeta actor. — ENNIO, esclavo de Casio. — LUCIO,
esclavo de Quinto Ligario. — ARTEMIDORO, liberto. — FABERIO, secretario de César. — VA-
LERIO, jefe de lictores. — LUCIO COTA, quincecenviro. — OCTAVIO, sobrino de César. —
SERVILIA, madre de Bruto. — LICIA, esclava de Servilia. — Senadores, sacerdotes, luperfos, es-
clavos, pueblo, lictores, soldados.

La acción pasa en Roma

ACTO PRIMERO

En el palacio de César

ESCENA PRIMERA

CÉSAR, MARCO ANTONIO

(Cuatro amanuenses siguen la palabra de César, que les dicta alternativamente.)

ANTONIO

César, perdona si importuno Antonio
A interrumpir se atreve tus tareas.
Deja un instante de pensar en Roma
Y en ti y en mí y en tus amigos piensa.
¿No basta que en la rota de Farsalia,
Desoyendo mi voto, tu clemencia
Concediera la vida á los vencidos?
Pues ¡por Júpiter sacro! ¿á qué te empeñas
En colmarlos de honores y mercedes?

Bruto es pretor de Roma: esa caterva
De senadores, que siguió á Pompeyo,
A Roma traes y en el Senado sientas.
Cimbro, Casio y Marcelo y Flavio y Cina,
Tus contrarios ayer, con insolencia,
Aquí, á tu vista, en tu palacio mismo,
Tan soberbios y altivos se presentan,
Que á veces dudo si en Tesalia acaso
Yo á Pompeyo seguí, y ellos á César.
Esa bondad, en vez de cautivarlos,
Su orgullo irrita y su osadía alienta.
Ya hacen correr que el hijo de Pompeyo
Se alza segunda vez; ya que de Persia
Cecilio Baso con crecida hueste
Rápido avanza y al Eufrates llega.
El locuaz Cicerón con desenfado
Tus edictos en público comenta,
Luciendo epigramáticos donaires
Que en daño tuyo repetidos vuelan.
César, vuelve en tu acuerdo; por ti mira:
La confianza hasta el exceso llevas.
Déjame del poder, que entero abarcas,
Lo que baste á velar en tu defensa,
A descubrir y castigar traidores.
No más reclamo, mi ambición es esa.
Al dictador el cónsul se lo pide:
Al amigo el amigo se lo ruega.

CÉSAR

Antonio, me distraes.

(Dictando.)

«Volver á Roma

Pueden, en libertad, cuantos la enseña
De Pompeyo siguieron.»

(A Antonio.)

¿Perdurables

Los odios han de ser? Hasta las huellas
Quiero borrar de las pasadas luchas.
El que en la cumbre del poder se venga,
O de su propia fuerza desconfía,
O no ha nacido para tal grandeza.
No me hables de venganzas.

(Dictando.)

«Una vía

Abrir, que rompa la agria cordillera
Del Apenino, y desde el Tíber cruce
Al Adriático mar. — Roma decreta
Unir los mares Jónico y Egeo,
Cortando el istmo de Corinto. — Guerra
Declara Roma al Parto.»

ANTONIO

¡Eso me agrada!

CÉSAR, dictando.

«El dictador coronará la empresa
Al frente de las águilas romanas.»

(Dirigiéndose á Marco Antonio y dándole la mano.)

Tú me acompañarás. El ocio enerva,
Querido Antonio, tus antiguos bríos.
Hasta tímido estás: curarte es fuerza.

ANTONIO

¡Tímido yo! Convoca las legiones:
Llévame pronto á la marcial pelea:
Dame que en franca lid, en campo abierto,
Llenando el aire bélicas trompetas,
Sobre mí solo rehilando caigan
Nubes de dardos que mis ojos vean.
¡Dulce y noble morir! Mas ¡oh! ¡qué es duro
En voluptuosa estancia, donde humean
Pebeteros de Arabia, coronada
De albas rosas la ungida cabellera,
Sobre tirios tapices reclinado,
En alegre banquete, do se ostentan
En fuentes de oro que el triclinio abruman
Y el fulgor de cien lámparas reflejan,
Ora humeante el jabalí de Umbría,
Cuya mole simétricos rodean
Rombos del Tíber, ostras del Lucrino,
Y de purpúrea túnica cubierta
Blanca langosta, y el pavón de Juno,
Que cual rey del banquete se presenta
Bajo el dosel que su rizada pluma
De tornasoles fúlgidos despliega;
Ya las olivas que Tarento envía,
Las matizadas pomas de Pompeya,
Y destilando miel, rubios topacios,
Los dátiles de Siria; y cuando eleva
El parásito Sergio, ya beodo,
Himnos á Baco, al son de las cadencias
De música festiva, y yo en el seno
Reclinado de Cíteris mi bella,
Libo cien copas do espumantes hierven
El falerno y el másico, y anhela
Más vida el corazón y más sentidos,
Para gozar cuanto la mente sueña!..
¡Es duro, es duro que en tan dulce instante
El epulón que á mis espaldas vela,
Guarde oculto puñal que en mis entrañas
Clave traidor con sobornada diestra!

Morir quiero en la lid, no asesinado
Como en el ara víctima indefensa.

CÉSAR

¿Qué le importa morir en un banquete
Al que tanto un banquete le recrea?
Entre todas las muertes, caro Antonio,
Prefiero yo la inesperada.

ESCENA II

CÉSAR, ANTONIO, LÉPIDO

(Lépido llega apresurado, con varios pergaminos en la mano.)

LÉPIDO

¡Oh César!

Conspiran contra ti. Torpes libelos,
En que tu honor y dignidad excelsa
Por el lodo se arrastra, en Roma corren.
Hacer odioso tu poder se intenta.
Mira: de Aulo Cecina es éste, y éste
De Pitolao, el cínico poeta.

(Entrega á César los libelos. — César se sienta á leerlos.)

Pues ese fruto tu bondad recoge,
Que la venganza á la bondad suceda.
Aquí del falso amigo que te vende
Verás el nombre; la denuncia es esta.
Para tramar conjuración traidora
Nocturnos conciliábulos celebran;
Tu salvación, la nuestra, la de Roma
Su sangre piden.

ANTONIO, mirando la denuncia.

¿Ves que mis sospechas

Confirmadas están? — Lépido, vamos,
Y que divida al punto su cabeza
La segur del lictor. He aquí su nombre:
¡Perezca Bruto!

CÉSAR

¡Bruto!.. ¡Ten la lengua!

(Se levanta y toma la denuncia.)

¿Quién este escrito te entregó?

LÉPIDO

Un esclavo

De Casio: Ennio se llama.

CÉSAR

Y ¿tiene pruebas

De su vil delación?

LÉPIDO

Aquí al instante

Le haré traer.

CÉSAR

Detente.

LÉPIDO

En tu presencia

Revelará tal vez...

CÉSAR

Lépido, basta:

Nada quiero saber.

(Rompe la denuncia.)

ANTONIO

¡Bondad funesta!

CÉSAR, dictando.

«En Roma se conspira: hombres ingratos
Pagan así de César la clemencia.
El dictador lo sabe; sabe el sitio,
Y los nombres también.»

ANTONIO

Y los condena...

CÉSAR

Nada más. — Este edicto se publique.

(Da el pergamino á Lépido.)

LÉPIDO

Y de Cecina y Pitolao ¿qué ordenas?
En el pórtico están entre lictores.

CÉSAR

Al punto ve, y en libertad los deja.

LÉPIDO

¿Sin castigar su audacia?

CÉSAR

Que no escriba

Di á Pitolao; que no nació poeta.

Con todo, de estos versos miserables

Cuantos logres hallar recoge y quema.

Pueden hacer fortuna: son muy malos.

(Los rompe.)

Obedece. — Vosotros salid fuera.

(Los amanuenses se retiran.)

ESCENA III

CÉSAR, ANTONIO

CÉSAR

Dime: en el torbellino de esta vida,
Que entre lides de Marte, entre tormentas
Del foro, entre placeres del banquete,
Rápida á hundirse en el sepulcro vuela,
¿No has dicho alguna vez: ¡Oh!, si á la muerte
Una parte de mí robar pudiera,
Parte que anime el alma que me anima,

Parte en que corra sangre de mis venas,
 En que viva yo propio, en que, á despecho
 De la implacable muerte, mi existencia,
 Con mi nombre y mi gloria y mis virtudes,
 Dilate en las edades venideras:
 Un hijo, en fin?

ANTONIO

¿Un hijo? Nunca el cielo
 Quiso que tales goces conociera.

CÉSAR

¡Por eso eres cruel! ¡Por eso vives
 Tan sólo para ti! Tu amor no encuentra
 Un corazón donde espaciarse su fuego,
 Y doquier rechazado, en ti se encierra.
 Odio ó desdén te inspiran los mortales:
 En amor de ti mismo te deleitas,
 Y de soñado riesgo á un leve indicio
 Cien gargantas segar nada te cuesta.
 ¡Alma infeliz, en soledad sumida!

ANTONIO

Pues tú, que ni á Calpurnia ni á Pompeya
 Debiste nunca que á tu estéril lecho
 Invocada Lucina descendiera,
 Afianza tu poder; goza la vida
 Que te otorguen los númenes, y deja
 Que después de tu muerte cuiden ellos
 De lo que á la República convenga.

CÉSAR

¿Qué es la vida que el cielo nos concede?
 ¡Relámpago fugaz! ¿Acaso piensas
 Que en los mezquinos lindes de mi vida
 Mis pensamientos, mi ambición se encierran?
 ¡Grande ambición, á fe! No, Antonio; mío
 Es ya de Roma el porvenir: la herencia
 Del vasto imperio que fundó mi espada,
 Del mar de Luso á la remota Persia,
 Reclama un sucesor.

ANTONIO

¿Y quién es ese?

CÉSAR

¿Quién, me preguntas? Quien mi sangre tenga.

ANTONIO

¿Tu sangre? De tu sangre hay sólo Octavio.
 ¿Es ese el sucesor? Otros pudieras
 Hallar de más valor, de más servicios,
 Que de Roma y de ti más dignos fueran;
 No un rapaz enfermizo, que criado
 De su madre á la sombra, en las escuelas

Se escondió de Apolonia, huyendo el ruido
 De las batallas.

CÉSAR

Sin razón desprecias

A mi sobrino Octavio. Si carece
 De marciales arrojos, de otras prendas
 Descubro en él los gérmenes ocultos;
 Prendas que acaso á la virtud guerrera
 Venzan, Antonio, en la futura Roma,
 Que ya en el mundo subyugado reina:
 Perseverancia, astucia, disimulo,
 Y así al mal como al bien alma dispuesta.
 No conoces á Octavio. Y yo en sus manos
 No dudara legar mi vasta empresa,
 Si otro de más virtud, más caro á Roma
 Y más caro á mi amor, no antepusiera.

ANTONIO

¡Otro! ¿Quién es, en fin?

CÉSAR

¿Quién es?.. Escucha.

Cuatro lustros de edad contaba apenas,
 Y contra Sila conspiraba entonces.
 Él lo sabe y proscribió mi cabeza,
 Diciendo, al sentenciarme, que veía
 Muchos Marios en mí. La infausta nueva
 Me dan á tiempo que en la Vía Sacra
 Vagando discurría: con presteza
 Huyo al punto de allí, cien calles cruzo,
 Cuando al pasar delante de la puerta
 De humilde casa, una mujer distingo,
 Que de la toga asiéndome con fuerza:
 «Entra, me dice, ocúltate.» De un salto
 Salvo el umbral: con ímpetu se cierra
 La puerta á mis espaldas; y guiado
 Por aquella mujer, á una secreta
 Estancia llego donde entrar me manda,
 Y «libre estás, me dice; pero piensa
 Que al salvarte la vida yo aventuro
 La vida y el honor: calla y espera.»
 Dijo y desapareció. — Te juro, Antonio,
 Que aún hoy, tras tantos años, tantas guerras,
 Siento un vivo placer al recordarlo. —
 Solo quedé y extático: la idea
 De mi riesgo olvidé: sólo la imagen
 Noble, expresiva, candorosa, bella,
 De mi libertadora me ocupaba,
 Y en mi pecho sentí que con violencia,
 De gratitud sobre la pura llama,
 Lanzaba amor su abrasadora tea.

¿Que olvidé mi peligro, te decía?
 Miento; que lo bendije. — En fin, secretas
 Entrevistas, instancias, juramentos
 De constancia recíproca, y la fuerza
 Del Destino, rindieron en mis brazos,
 Tras larga lucha, su virtud severa.
 De un duro hermano al vigilante celo
 Temblaba la infeliz ver descubierta
 Mi retirada estancia, que tan sólo
 A una esclava leal fió su lengua;
 Y más temblaba que el morir, la mancha
 Que arrojaba en un nombre que venera
 Roma y ensalza á par de las deidades,
 Cual de rara virtud perfecto emblema.
 Partir era forzoso, y una noche
 Partí, dejé la Italia, marché á Grecia;
 Y mientras lejos de mi patria andaba,
 La mujer cuya imagen llevé impresa,
 Fruto de nuestro amor, dió á luz un hijo.

ANTONIO

¡Un hijo!.. ¿Y vive?

CÉSAR

Vive. — La suprema

Autoridad entonces Sila abdica,
 Y á Roma presuroso doy la vuelta.
 Nunca logré estrechar contra mi seno
 Al hijo de mi amor, cuya existencia
 A costa de continuos sobresaltos
 Pudo al mundo ocultar su madre tierna.
 Débil, sumisa, á un hombre que no amaba
 Su duro hermano la ligó en mi ausencia.
 En las guerras de Lépido y Pompeyo
 Su esposo pereció; y entonces ella
 Mostró á la faz de Roma el tierno niño,
 Como si fruto de su enlace fuera.
 ¡Vive!.. y del muerto esposo de su madre
 Hijo se juzga, y hasta el nombre lleva.

ANTONIO

¿Y nunca tú le revelaste?..

CÉSAR

Nunca.

Vive su madre, en la feroz escuela
 De su hermano educada, que blasona
 De su estoica virtud, y las flaquezas
 De nuestra frágil condición humana
 Severa juzga y sin piedad condena.
 Árbitra del secreto, morir quiere
 Con él; y en tanto, el que saber debiera
 De qué sangre ha nacido, fiel á un nombre

Que no es el suyo, seducir se deja
 Por mis contrarios, y quizá ¡infelice!
 Contra su mismo padre se rebela.

ANTONIO

No digas más: ¡es Bruto! ¡Le conozco! —
 ¡Por Hércules, mi abuelo! ¿Conque es esa
 La gran Servilia, á cuyo solo nombre
 Nuestras matronas frágiles se aterroran?..

CÉSAR

¡Y qué!.. ¿Con ellas confundir pretendes
 La que amó una vez sola... y amó á César? —
 Este secreto, Marco Antonio, fíe
 A tu amistad: la fama se interesa
 De una mujer en él: nunca lo olvides. —
 ¿Faberio?..

ESCENA VI

CÉSAR, MARCO ANTONIO, FABERIO

CÉSAR

¿Hay alguien que demande audiencia?

FABERIO

Cual de costumbre, aguardan tu permiso
 Publio Siro y Laberio.

CÉSAR

Entren.

FABERIO

La reina

De Egipto espera que también...

ANTONIO

¡Cleopatra!

CÉSAR

¡Qué importuna!

ANTONIO

¡Importuna... y es tan bella!

No así en Alejandría la juzgaste.

CÉSAR, á Faberio.

Dile que al cónsul Marco Antonio vea.

(A Antonio.)

Tú la consolarás. Que deje á Roma.

El Egipto reclama su presencia.

Dile que del caudillo aventurero

El dictador del mundo no se acuerda.

ANTONIO

¡Duro mensaje!

CÉSAR

El mensajero es hábil.

FABERIO

El Senado también verte desea.

CÉSAR

¡El Senado! ¿Qué trae?

ANTONIO

Muy de mañana
Deliberando estaba.

CÉSAR

Alguna arenga
Que preparada Cicerón traería
De su quinta de Túsculo. — La escuela
Del Senado es muy útil á la gloria
Y al esplendor de las romanas letras.
Entren todos.

(Faberio los introduce.)

ESCENA V

CÉSAR, ANTONIO, FABERIO, PUBLIO SIRO, LABERIO, CICERÓN, BRUTO,
CASIO, CIMBRO, CASCA, DECIO, TREBONIO, CINA, SENADORES

CÉSAR

¡Salud, padres conscriptos! —

(A Laberio y Publio Siro.)

Llegad vosotros, gloria de la escena. —
Espejo de las públicas costumbres
Son tus farsas, Laberio: no sospecha
Roma que, cuando ríe al escucharte,
De sí propia se burla.

LABERIO

Nadie piensa
Que está allí su retrato, y al vecino
Con maligno placer las culpas echa.
Del pueblo es todo el mérito: yo escribo
Y nada más: él hace la comedia.

CÉSAR

Fácil lo juzgas, porque hacerlo sabes. —
¡Oh Publio Siro! — Si la vida nuestra
Es dolor y placer, entre vosotros
Dividís el imperio de la tierra.

(A Laberio.)

Tú mandas en la risa.

(A Publio Siro.)

Tú en el llanto.

¡Cuánto ayer te admiré! Vi al rey de Tebas,
Vi á Edipo, humano, generoso, altivo,
Salvador de su pueblo.

PUBLIO SIRO

Y ¿quién no acierta
A pintar hoy en el teatro un héroe
Justo, clemente, grande? En Roma, ¡oh César!,
Hay un modelo que imitar.

CÉSAR

Vi al héroe;

Mas no vi tanto al padre. Cuando estrecha
Contra su corazón el triste Edipo
Sus tiernos hijos por la vez postrera,
No expresaba tu acento la amargura,
El inmenso dolor en que se anega
Una alma paternal, á quien la suerte
Priva de un hijo y á vivir condena
En dura soledad... ¡Oh Publio Siro!
¡Tú no eres padre!

PUBLIO SIRO

¡El cielo no lo quiera!

¡Esclavos son los hijos del esclavo!

CÉSAR

¡Esclavo tú!

(A Bruto.)

Pretor de Roma, llega:

Ejerce el más precioso de tus cargos:
Manumite al esclavo.

(Bruto se acerca y toca con la vara en la cabeza á Publio Siro.)

BRUTO

Libre quedas.

CÉSAR

Nobles desde hoy las artes liberales
El Senado declara.

PUBLIO SIRO Y LABERIO

¡Gloria á César!

CÉSAR, dando á los senadores los pergaminos.

Esas leyes tomad: que en nombre vuestro
Se publiquen al punto.

CICERÓN

¿Y ya aquí puestas

Nuestras firmas están?

CÉSAR

Tú, retirado

En tu quinta de Túsculo, te alejas

De los negocios...

CICERÓN

¡Cierto! ¿Y tú te encargas

De hacer las leyes?..

CÉSAR

Y la gloria es vuestra.

CICERÓN

¡Cierto! Por eso al campo me retiro
A disfrutarla en calma. Y ¿no recelas
Que altere tu salud hacer tú solo
Lo que nuestra República modestaUNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Codo. 1625 MONTERREY, MEXICO